

Hugo Wast sobre el destino del intelectual católico

El famoso novelista Hugo Wast publicó hace pocos meses en la revista bonaerense ESTUDIOS un artículo sumamente interesante, como suelen ser los del ilustre escritor argentino. El artículo de ESTUDIOS 48 (1958) 763-766 a que nos referimos, tenía este expresivo título: *El triste destino del intelectual católico*.

Empieza consignando un hecho: que el intelectual católico con frecuencia es recibido con el silencio: El silencio es la mayor arma de nuestros enemigos. Este es el primer hecho.

Pero junto a este hecho que nos viene de enfrente, hay que señalar otro, que nos viene de dentro: «Pero que esta displicencia matorra, esta silenciosa hostilidad que hallan los autores católicos en el mundo anticatólico, no encuentre compensación en su propio ambiente, en los círculos católicos, es lo inconcebible. Y esto es lo que ocurre. No se trata de una ojeriza manifiesta o deliberada, que sería cosa culpable. Se trata de una falta de interés hacia lo que debería tocarnos como cosa propia, pero nos resulta indiferente».

Ante ambos hechos, no exclusivos de Argentina, ni de ningún país, sino de todas las latitudes, hecho que ya conocemos bastante en España, y no pocas veces hemos denunciado desde estas páginas de ESPIRITU, señala Gustavo Martínez Zuviría otro fenómeno paralelo, que puede dar no poca luz para estudiarlo: es el fenómeno de que somos los mismos católicos los que demasiado fácilmente hacemos el juego a las obras y firmas, que defienden orientaciones equivocadas: «En cambio los católicos aceptan muchas veces, con demasiada generosidad, las famas y las obras del campo contrario».

Si el escritor es decidido, enérgico y de corte no católico, fácilmente se tolera su empuje; pero ¡guay, si el que se atreve a decir las cosas tal como son y las piensa, es uno de nuestro bando! «Si es arriesgado y vivaz en la defensa de su credo o en la manifestación de sus convicciones, con lo cual produce sorpresa y causa escándalo entre los adversarios, corre el peligro de no ganar tampoco la aprobación de sus hermanos en la fe, que lo hallan intemperante y comprometedor. No desconocemos, que de tarde en tarde los adversarios suelen patrocinar una gran figura, una obra de selección señalada con la marca de Cristo. Pero son excepciones, que pasan como un camello por el ojo de una aguja». Y si se busca el porqué de estas excepciones, suele encontrarse: suele haber en estas obras y firmas algo que sabe bien a su paladar... «Mas por los otros intelectuales

católicos, que no han recibido el espaldarazo liberal o masónico, nadie en su campo rompe lanzas. Nacen, trabajan y mueren en el silencio y la inextinguible esperanza».

Este es el hecho denunciado por Hugo Wast. Ahora preguntémosnos ante todo, cuáles son las causas; y luego, cuáles los remedios:

Las causas: «La razón es que nuestra defensa, nuestra propaganda no está bien organizada, ni para esto, ni para otros asuntos de más importancia tal vez. Tenemos que reconocer nuestra pobreza en un aspecto esencial de la propaganda. Somos casi indigentes en periódicos y también en organizaciones adecuadas para la defensa». Con esto contrasta vivamente lo que pasa en el otro sector: «Si alguno de sus hombres, si alguna de sus instituciones, sufre un contratempo, se levantan mil voces y se organiza en toda la nación una defensa que no desperdicia nada, ni se detiene ante el escrúpulo de que las asociaciones que moviliza no fueron fundadas para los propósitos que están sirviendo, sino por otra cosa. En cambio puede una institución católica ser calumniada, puede un intelectual católico ser víctima de una iniquidad y... ¡aquí no ha pasado nada!»

Las consecuencias que se derivan de este estado de cosas son fatales: «Esta modalidad, que en algunos casos se disfraza de discreción, influye tremendamente en los corazones jóvenes. Están en la edad en que uno se entrega sin cálculo a lo que es una vocación. Se defiende a Dios, se defiende a la Iglesia, se defienden las sanas doctrinas y las buenas costumbres con denuedo. Los adversarios, por táctica, no suelen contestar los golpes que reciben, para no dar fama a aquel novicio que se mete con ellos. Pero lo marcan y no lo dejan ir muy lejos. Si tiene alguna posición, tratan de que la pierda. Si no la tiene y la desea, tratan de que no la obtenga. Si publica un libro, lo asfixian en el silencio. No tarda el generoso paladín en comprender que vale más para su porvenir —literario o político o lo que sea— apagar sus fuegos y hasta disimular sus convicciones. Hay tiempo de hablar y tiempo de callar. No se siente obligado a sacrificarse. No tiene vocación de mártir. Cree preferible disimular sus colores. El enemigo tiene singulares predilecciones por los católicos *discretos*»:

Añade Hugo Wast con entera precisión: «de esta manera se nos han marchitado muchas esperanzas y se han producido no pocas claudicaciones y algunas apostasías. Sólo Dios sabe las realidades que todavía nos enriquecen y que por nuestra negligencia en utilizarlas, en ponerlas de manifiesto, en estimularlas, son como los talentos de la parábola». Sí, cierto, como los talentos que se envuelven en el sudario o se esconden en un hoyo del campo, para que no se pierdan... Naturalmente. «Sé y salta a la vista que el joven que quiera hoy hacer de su ingenio, de su inspiración, de su ciencia una verdadera vocación católica, debe resignarse a sufrir muchas decepciones o a vivir y morir en la oscuridad»:

¿Y los remedios? Recuerda el autor como caso concreto y relativamente reciente, lo que pasó en Argentina desde el momento en

que el régimen político declaró abiertamente su propósito de hundir a la Iglesia en Argentina: «Este partidito —dijo refiriéndose a la lucha contra los curas, como el insensato llamaba a la Iglesia—, déjeme jugar a mí». La realidad fué que todos a una, como movidos por un solo resorte, actuaron: «desde este momento hubo dos mil pulpitos en todo el país», que cambiaron lentamente a todos los que escuchaban, «en paladines de la causa de Dios». ¿Por qué no se hace algo parecido en los demás casos, como en la lucha en el terreno intelectual? Ante las «manifestaciones intelectuales que visiblemente tengan la señal de Cristo» —dice— «defenderlas con todas nuestras fuerzas, que no son muy modernas, no potentes por separado, pero que empleadas juntas serían muy eficaces: movilizar diarios, libros, hojitas parroquiales, que se difunden por millones y penetran en todas las clases sociales; multiplicar las alusiones concretas en discursos, pláticas y sermones, en los colegios especialmente».

Tal es la vigorosa nervatura del artículo, acertado y oportunísimo, de Hugo Wast, que yo sólo he compendiado.

* * *

¿Quién hay que pueda oponerle el menor reparo, si conoce un poco de cerca los ambientes intelectuales y lo que en ellos pasa?

Naturalmente no en todas las naciones el morbo tiene igual gravedad; pero en todos los sitios el morbo existe y se manifiesta con la virulencia que las circunstancias permiten allí y en aquella hora: de un modo en Argentina, de otro en España, o en Francia, o en Alemania; con una intensidad en el plano de la novela, con otra en el de las ideas filosóficas; pero ya sea en América, ya sea en Europa, ya de un modo ya de otro, el morbo existe y sería sumamente candoroso empeñarse en desconocerlo. Tiene razón Hugo Wast.

Por mi parte, me atrevería a sugerir que se llevase al plano internacional el remedio que propugna Hugo Wast. Es preciso que nos unamos, que nos entendamos, que precisemos nuestros fines y coordinemos esfuerzos. Pero no sólo en el plan nacional, sino en proporciones de más alcance.

¿No fué *Pax Romana* una proyección en el plano internacional, de los anhelos de paz de los católicos de muchos países? ¿por qué no podríamos entendernos de modo parecido los intelectuales católicos de suerte que por ejemplo una novela de verdadero valor literario, ante la que se abre la conspiración del silencio, tuviese un galardón internacional, sancionado por un Congreso con sede permanente, de suerte que cada año se publicase simultáneamente en muchísimos países, y lo mismo con una obra histórica o filosófica o teológica?

No siempre basta para el triunfo, por desgracia, el mérito y la verdad, sino más fácilmente se logra si al mérito y a la verdad, se añaden las circunstancias propicias. Y éstas las tenemos poco organizadas por nuestra parte, hemos de reconocerlo y esperar que lo remedie para bien y triunfo de los valores supremos.